

**EL CULO DEL REY, de Antonio Luis Galán Gall (Bunker Books, 2020)
(fragmento)**

En el acta de aquella reunión no se hace constar de quien partió la idea, ni yo lo he recordado nunca. Con la exposición a punto de inaugurarse, se cerraba una etapa del trabajo del grupo, y debíamos decidir a qué proyecto nos íbamos a dedicar a partir de entonces. Surgieron varias propuestas, interesantes y variadas todas. Algunas permitían una realización casi inmediata, otras requerían de mucho tiempo, o eran cuestiones en las que podíamos trabajar sin fechas, avanzando, tan solo, poco a poco y sin apresuramientos.

Ni consta ni recuerdo quién fue, pero, cuando ya empezábamos a recoger, y algunos se peleaban por quedar- se aquel primer ejemplar del catálogo, que no volvería ya conmigo a Ciudad Real, alguien lanzó la pregunta al aire:

—Por cierto, ¿cuántos de vosotros tenéis osunas en la biblioteca?

No todos prestaron atención, pero a mí la pregunta me atravesó el cerebro, como si las palabras recorrieran el espacio entre un oído y el otro, lacerando todo lo que encontraban a su paso. ¿Por qué de pronto, y cuando ya había pasado el peligro, alguien planteaba esa cuestión? En las reuniones anteriores a las que había asistido, y ya eran muchas, habían surgido ideas, propuestas, inquietudes de todo tipo, pero nunca, nadie, había pronuncia- do el nombre de Osuna.

—¿Osunas? —pregunté con la esperanza de que alguno de aquellos bibliotecarios, todos grandes conocedores de los libros antiguos y de las bibliotecas históricas, me ayudara a entender a qué se refería.

Creo que fue Marga Becedas, directora de la Biblioteca General de la Universidad de Salamanca, quien empezó a explicármelo.

El duodécimo duque de Osuna, Mariano Téllez-Girón y Beaufort Spontin, tras heredar, en mil ochocientos cuarenta y uno, el título y los bienes de su hermano, se entregó a una vida de excesos que acabó con la enorme fortuna que, durante siglos, había acompañado al linaje de la casa ducal. Entre esos bienes estaba una biblioteca, de más de veinte mil volúmenes, que se había ido formando a lo largo de los siglos, creciendo con las aportaciones de cada uno de los duques, desde el primero de ellos en el siglo XVI. Margarita relató cómo el Estado, para paliar las deudas de la casa ducal, se hizo cargo de la biblioteca, hasta que la dividió en lotes que repartió entre la Biblioteca Nacional y algunas universitarias, y vendió el resto en subasta pública. Fue entonces cuando comprendí la expresión de don Francisco: la desmembraron.

—Muchos ejemplares terminaron en bibliotecas públicas o universitarias —aclaró—, nosotros mismos tenemos más de cuatrocientos en Salamanca. Pero otros los adquirieron coleccionistas privados. Se sabe que una parte se la quedó el marqués de Valdeterrazo, y otra la compró un indiano que se llevó los libros con él a América. Por allí andarán todavía, seguro.

Ese día supe que los libros por los que tanto interés mostraba don Francisco —ya no podía nombrarlo de otra forma—, resultaban fáciles de identificar, gracias a un supralibros con el escudo de la casa ducal, que lucían todos, repujado en sus lujosas encuadernaciones. Y también que, para cualquiera de aquellos bibliotecarios, custodios de las colecciones

patrimoniales y antiguas de sus universidades, la posesión de ejemplares de la casa de Osuna era un motivo de orgullo, y casi un desdoro no poseer ninguno.

—Nosotros tenemos más de quinientos —afirmó Pilar Rodríguez, con la vanidad a que da derecho dirigir la biblioteca del Colegio de Santa Cruz de Valladolid.

—Pues nosotros, en Santiago, un montón. Muchísimos —presumió Mariví Pardo, desafiante.

—Y en la Complutense no te digo, los que queráis —apuntilló Marta Torres, desde la seguridad que da el jugar en casa y ser anfitriona de la reunión.

Y así, uno a uno, fueron presentando sus poderes, mientras que los que no poseíamos osunas, guardábamos un silencio discreto, casi humillante. Salvo Ramón Rodríguez que, lejos de amilanarse, tomó la palabra y dijo:

—Nuestros osunas, que teníamos muchos, se quemaron en el incendio de 1934, pero la Universidad de Oviedo tenía más que ninguna otra, más aún que todas las demás juntas.

Aún creo que alguien me susurró al oído las palabras que pronuncié entonces, y que no había llegado ni a pensar.

—Y si reunimos la información que tenemos todos y recomponemos la Biblioteca Osuna. Sería interesante tener un catálogo de lo que fue la biblioteca, recopilado a partir de los ejemplares de cada colección.

Supongo que, si no tratamos más a fondo la propuesta, se debió a que ya estábamos saliendo de la sala de reuniones y hambrientos, y a que Marta Torres había reservado mesa en un restaurante cercano y llegábamos ya tarde. Sin embargo, durante el camino hablamos de los libros quemados en el incendio de la Universidad de Oviedo, de los desaparecidos durante la guerra en la Complutense, de la imposibilidad de reencontrar todos los libros de aquella magnífica colección, muchos de ellos en manos privadas.

—Y en América, además —apostilló María Eugenia—, que esos va a ser imposible localizarlos. Y creo que los que se llevó el indiano eran los más interesantes, muchos de ellos manuscritos. A saber dónde estarán ahora.

Caminábamos por la calle Amanuel hacia el restaurante Da Nicola, donde compartíamos pizzas y berenjenas rebozadas después de cada reunión. El Grupo de Patrimonio Bibliográfico se había dividido en otros grupos más pequeños, de dos o tres personas, y en cada uno se conversaba sobre distintos asuntos, de la colección de incunables de una biblioteca, del último viaje de Marta Torres a los confines de la tierra, de las tres horas de avión que esperaban a Paz Fernández Palomeque de regreso a Tenerife. Qué más daba, yo me había rezagado del grupo pensando en una única cosa: ¿cómo había podido, el espectro de don Francisco, anticiparme el proyecto Osuna? Si el fantasma era fruto de mi mente, una extraña forma de aflorar mi estrés y mis miedos, no podía hablarme de algo que yo desconocía por completo. Y, desde luego, estaba seguro de que no había oído hablar nunca antes de la biblioteca del duque de Osuna.

A pesar de que, hacía tiempo, me había encargado de formar a bibliotecarios que iban a trabajar en el Catálogo Colectivo de Patrimonio, mis conocimientos sobre el libro antiguo y las bibliotecas históricas eran más que

limitados, y, sobre todo, era consciente de que, como miembro del Grupo de Patrimonio, tendría que ponerme al día en la materia. Pero, en aquel momento, apenas distinguía entre tipos diversos de encuadernaciones, tipografías o grabados, y si diferenciaba un manuscrito del siglo XV de un incunable, o conseguía identificar puntizones y corondeles, casi se debía más a la pura intuición de bibliotecario que a mis conocimientos técnicos.

La otra posibilidad, que la presencia de don Francisco fuese algo más que una alucinación, ni siquiera quería considerarla. Podía sufrir visiones, tal vez necesitar de los servicios de un profesional, un sanatorio siquiátrico, lo que fuera, pero no había dejado de ser una persona racional, completamente incrédulo ante las manifestaciones del más allá, tuvieran estas la forma de vírgenes subidas a una encina, o de poetas sentados en el borde de una bañera.

Recordaba las enseñanzas de don Luis Cencillo, mi profesor de Teoría del Conocimiento en la Facultad de Filosofía de Salamanca, cuando hablaba de los niveles del conocimiento, consciente, inconsciente y subconsciente, y de cómo una parte importante de nuestra información aflora en los sueños. En algún nivel se almacenaba toda aquella información que alguien recibía sin darse cuenta, sin ser consciente de ello ni prestarle atención, pero que, de igual forma, se incorpora a nuestra pila de datos. Si en algún momento, alguien estuvo hablando de la biblioteca del duque de Osuna, no conmigo, sino con cualquiera, y yo lo escuchaba en segundo plano, mientras prestaba atención a otro asunto, la biblioteca se había incorporado a mis niveles inconscientes, y afloraba lo mismo en un sueño que en una alucinación.

María Eugenia fue rezagándose poco a poco, hasta que llegó a mi lado y me sacó de mis elucubraciones.

—¡Hay que fastidiarse cómo se ponen algunas con sus osunas y sus bibliotecas! —me dijo—. Parece que fueran sus hijos. Que si tengo cuatrocientos, que si yo quinientos, que si muchos más. Pues ya ves tú, ni siquiera son suyos.

—¿En tu biblioteca no tenéis ninguno? —le pregunté.

—¿En la Universidad Pontificia Comillas? ¡Qué va! Solo tienen las grandes bibliotecas históricas, y de universidades públicas, además. Porque vosotros tampoco, ¿no?

—¿En Castilla-La Mancha? En absoluto.

La Biblioteca de la Universidad de Castilla-La Mancha era, como la propia universidad, muy joven. Su colección había empezado a formarse a mediados de los años ochenta, aunque heredaba algunos fondos de los viejos colegios universitarios, de la Escuela de Minas de Almadén, o de las antiguas escuelas normales de magisterio. Si poseíamos una discreta colección de libros antiguos, se debía a la inversión, paciente y dedicada, de pequeñas cantidades de dinero, que nos habían permitido comprar unos cientos de volúmenes, algunas donaciones privadas, o la adquisición de bibliotecas completas, como la del filólogo especialista en el Siglo de Oro, Joaquín de Entrambasaguas. Pero, a pesar del empeño, no teníamos códice alguno, incunables, o libros de gran valor. Y, desde luego, ninguno que ostentara el escudo de la casa de Osuna en su cubierta.

María Eugenia caminaba a mi lado, pensativa, mientras el resto del grupo se distanciaba cada vez más de nosotros. Parecía que, sin proponérselo, hubiéramos ido acortando el paso para poder hablar sin ser oídos.

—Pues ¿sabes? Lo cierto es que no me importaría tener alguno. Algún

Osuna, digo. Pero tendría que robarlo —me miró sonriendo—, porque a mí no me dan dinero para esas cosas.

Se detuvo y comenzó a reírse con una carcajada enorme y contagiosa. —¡Qué robarlo ni qué coño! ¡Mataría por un Osuna! Reí con ella y le dije que mejor apretábamos el paso, pues estábamos perdiendo al resto del grupo.

—Ya puestos —le dije—, robamos una biblioteca entera y nos la repartimos.

—Eso, y nos vamos al Parque del Capricho, a repartírnosla allí.

Le pregunté qué parque era ese, y me explicó que se trataba de un jardín privado del propio duque, capricho de una antepasada suya, de donde le venía el nombre. Aunque él no lo hubiera creado, había sido otro de los dispendios que lo había llevado a la ruina, y ahora era un parque público.

—Si luego tienes tiempo, te llevo. Cogemos la línea cinco en Callao, y estamos en un momento.

Sí, tenía tiempo, mi tren no salía hasta las ocho y cuarto. Paseamos por el Parque del Capricho, mientras María Eugenia me ilustraba sobre las excentricidades del duodécimo duque, el que arruinó la casa. Poseía amplísimos conocimientos sobre la materia, como si tuviera un interés muy especial en el personaje. Contemplábamos la fachada del palacio que la duquesa había construido para su deleite, mientras me contaba cómo la buena vida de sus propietarios, junto a las leyes desamortizadoras de Mendizábal, habían disuelto el último gran mayorazgo de España, y tanto sus bienes como sus títulos, habían terminado repartidos por todo el territorio nacional, y aun por el americano.

—¿Y cómo sabes tú tanto sobre el duque de Osuna?

—le pregunté extrañado—. ¿También sabes tanto sobre sus antecesores?

Rio al igual que lo hacía a cada rato, y no tardé en contagiarme de su risa.

—¿Yo? Que va. Lo que pasa es que leí una biografía suya, por pura casualidad. Pero nada más.

—Pues existe, creo, también una biografía de un antepasado suyo, el tercer duque, me parece. —Me miró intrigada y añadió—: La escribió Quevedo, que fue su secretario.

A María Eugenia se le congeló la risa y me miró muy seria, contrariada. Miró su reloj y comenzó a caminar más aprisa.

—Venga, que se me ha hecho tarde —dijo, y casi parecía que la hubiera ofendido. Entonces se detuvo en seco y añadió—: Nunca he oído hablar de esa biografía, y eso que he leído todo sobre el ducado de Osuna.

Apenas unos minutos antes, había afirmado que solo había leído una biografía del duque arruinado, y por mera curiosidad.

—Bueno, lo leí en alguna parte —le respondí—. No sé, lo mismo permanece inédita.

—¿Una obra de Quevedo inédita? —parecía tratarme como si yo fuera un idiota—. Si así fuera, que lo dudo, quien la tenga estará esperando el mejor momento para hacerla pública, como si fuese un descubrimiento casual. A muchos les gusta hacer eso, descubrir lo que ya sabían que tenían, así, de repente, cuando más les interesa.

Empezó a mover la boca igual que si estuviera calculando algo, entrecerraba los ojos y, al final, echó mano de sus propios dedos para contar.

—No sé, queda mucho para que sea algún aniversario importante de Quevedo. Ese sería el momento, supongo. Y yo me maravillé de la capacidad de María Eugenia para recordar datos y fechas, de Quevedo, del duque de Osuna, o, supuse, de cualquier otro.